

católico (1); y en segundo lugar una multitud de otros hechos citados por los historiadores. El religioso de la orden de los menores, Francisco *Feu-Ardent*, cuenta (2) que Beza habia aconsejado al ministro Corneille dejara la reforma y volviese á la Iglesia romana, asegurándole que lo haria él tambien si pudiera salir de Ginebra. El abad Joly, en sus sabias y curiosas observaciones criticas sobre el *Diccionario de Bayle*, refiere igualmente que Beza, interrogado por uno de sus parientes, le recomendó se uniera estrechamente á la Iglesia romana, sin hacer caso de lo que él habia hecho y escrito. Y como este le espresara su admiracion por un consejo tan contrario á su conducta, no le dió otra respuesta que estas tristes palabras de un hombre que no está firme en sus convicciones: *Mi partido ya está tomado*. Los Ginebrinos, para borrar la impresion triste que podian producir contra la reforma las nuevas disposiciones de su principal ministro, procuraron hacerle pasar en la opinion pública por un anciano, á quien la edad habia debilitado la razon, y que segun decian no hacia mas que disparatar. En cuanto á él, perseverando siempre en las mismas convicciones, quiso huir de Ginebra para abjurar la herejía, y se dice que llegó hasta á disfrazarse para ejecutar mejor su proyecto. Pero los Ginebrinos, enterados á tiempo de sus intenciones, le pusieron guardias para que no pudiera escaparse, de suerte que perseveró, á lo menos esteriormente, en la práctica del culto protestante hasta la edad de ochenta y seis años, á la que murió el 23 de octubre de 1605, acusando á sus compatriotas de ser causa de su condenacion (3). Varios hechos, en efecto, dan bastante lugar á temer por su salvacion: el primero, ese cobarde respeto humano que le hizo practicar un culto que su conciencia le

(1) El autor de la vida de Claudio Granerio, el P. Constantino de Magny, atestigua, p. 280, que Santa Chantal le habia remitido este escrito, que habia encontrado entre los papeles de San Francisco de Sales.

(2) Discusiones ministeriales, lib. III, c. XXIV, p. 327.

(3) Discusiones ministeriales.—Dep. de Myencet.

dictaba estar reprobado; el segundo, su carta á Guillermo Sturkins, donde, para refutar el rumor que se habia extendido de que habia muerto, y de que antes de espirar habia abjurado el error, supone á los jesuitas, y sobre todo al P. Clemente del Riz, inventores de esta fábula, y se burla á sus espensas como hombre que, si era católico en el fondo, no tenia al menos el valor de confesar sus convicciones (1).

## CAPITULO V.

Las poblaciones en masa se convierten á la religion católica.

(1597 y 1598.)

Francisco, al volver de su conferencia con Beza, fué al sínodo que tenia á la sazón lugar en Annecy, y esponiendo el estado de la religion en el Chablais, instó al Obispo le diera nuevos colaboradores, porque no podia con tan pequeño número de obreros dar abasto á las necesidades de una mies tan dilatada, y que prometia crecer todavia mas. El Obispo, condescendiendo con una peticion tan justa, le dió tres, que fueron: el P. Querubin de Maurienne, gran predicador, controversista célebre y amigo suyo; el P. Esprit de Baume, que habia estado ya allí algunas veces, pero de paso y sin fijeza, ambos capuchinos; y el Padre Saunier, jesuita de Chambéry. Fué una grande alegría para el santo apóstol llevar consigo estos dignos obreros. Llegaron el 28 de julio á Annemasse, villa situada á una legua de Ginebra, y que á pesar de las bárbaras devastaciones de los Berneses y Ginebrinos, habia permanecido adicta á la fe de sus padres (2). Desde la mañana siguiente tuvieron entre sí una consulta para deliberar sobre los

(1) Una carta impresa del canónigo Luis de Sales en 1598, prueba que la carta atribuida á los jesuitas era una impostura de Beza.

(2) Dict. des Sav., t. I, p. 305.



medios de acelerar el buen éxito de la mision (1). Esta consulta, á la cual asistieron el canónigo Luis de Sales, el cura de Annemasse, y como testigo el Baron de Viry, uno de los consejeros del Duque de Saboya, decidió hacer nuevas instancias al príncipe para obtener de él: 1.º Para los curatos establecidos ó que se debian establecer, todos los beneficios de cura de almas poseidos por los caballeros de San Lázaro y San Mauricio. 2.º Para la ciudad de Thonon, la fundacion de un colegio de jesuitas, cuyos religiosos irian á evangelizar los alrededores, y de allí se estenderian á los demás lugares de la diócesis; fundacion fácil, para la cual la iglesia colegial de Viry consentia en ceder, mediante indemnizacion, el priorato de San Hipólito, con sus grandes y hermosos edificios y sus mil doscientos escudos de renta (2). A esta peticion se unió otra para obtener de Su Alteza: 1.º Para los católicos, la exencion de una parte de las contribuciones ordinarias y extraordinarias, á fin de que atraidos con ese motivo humano, los herejes acudieran mas voluntariamente á las instrucciones, donde se les inculcarian motivos sólidos y naturales de la verdadera fe. 2.º Para la iglesia de Viry, en indemnizacion del priorato de San Hipólito, la union de las iglesias de San Julian y de Thoiry á su colegial, con los diezmos de dos parroquias vecinas; con la condicion de que ella sostendria un capellan para los soldados del fuerte de Santa Catalina. En fin, se decidió suplicar al Príncipe obligara á los Ginebrinos á celebrar una conferencia pública con los teólogos católicos, que tantas veces lo habian pedido sin querer ellos nunca aceptarla, y que uniera al curato de Annemasse los diezmos que las religiosas de Bellerive poseian en otro tiempo en esta parroquia, y que entonces eran poseidos injustamente por un hereje de Ginebra (3).

El Padre Querubin, que gozaba de gran consideracion en

(1) Carlos Aug., p. 155.

(2) Es decir, cuatro mil seiscientos francos.

(3) Opusc., p. 83.

la corte de Turin, fué diputado para llevar estas peticiones al Duque de Saboya. Las llevó en efecto, y consiguió del príncipe una respuesta favorable, la cual sin embargo no tuvo ejecucion sino bastante tiempo despues, quizás porque no conviniera descontentar á los Berneses durante la guerra con Francia, y toda vez que la voluntad de los príncipes para obrar el bien encuentra con frecuencia obstáculos que retardan su cumplimiento (1). El Padre Querubin pidió en seguida licencia para realizar un proyecto que habia comunicado á Francisco y al Obispo de Ginebra, y era el de celebrar el jubileo de las Cuarenta Horas en Annemasse. Esperaba que dando solemnidad á esta ceremonia, el gran esplendor del culto católico contribuiria poderosamente al progreso de la religion, habiendo prometido el Obispo de Ginebra, que participaba de esta esperanza, ir en persona á presidir dichos ejercicios, para que fueran acompañados de mayor magnificencia. El Nuncio del Papa y el Duque de Saboya no se contentaron con aprobar este proyecto, sino que quisieron uno y otro contribuir á los gastos que ocasionara. El Nuncio dió doscientos escudos (2), y el Duque quinientos (3), á mas de hermosas y ricas tapicerías y toda la plata de su capilla, que quiso se emplease en adornar el oratorio donde el Santísimo Sacramento habia de estar espuesto. Mandó al mismo tiempo á sus oficiales no perdonaran nada de lo que podia realzar el esplendor de esta fiesta; y en la imposibilidad de ir en persona como lo habia deseado, encargó al Gobernador de Saboya le representase en esta augusta ceremonia.

El Padre Querubin se apresuró á comunicar estas felices nuevas al Obispo de Ginebra, que hizo publicar al punto en todas las parroquias de su diócesis, que la solemnidad de las Cuarenta Horas tendria lugar en Annemasse el 7 de setiembre y los dos dias siguientes, invitando á los fieles á

(1) *Vida de Claudio de Granerio*, p. 170.—Carlos Aug., p. 157.

(2) Es decir, setecientos treinta y seis francos.

(3) Es decir, mil ochocientos cuarenta francos.



concurrir á ellas en el mayor número posible. Francisco, por su parte, encontró un buen medio de atraerlos. Había en esta época la piadosa costumbre de presentar en escena los misterios y hechos principales de la religion, espectáculo cristiano hácia el cual el pueblo sentia entonces tanto gusto como lo tiene hoy hácia los profanos; y como la virtud no podía menos de ganar en estas sencillas representaciones, donde la fe viva de nuestros antepasados encontraba á la vez un motivo de edificacion y un agradable recreo, el santo apóstol creyó deber emplear este medio inocente para atraer muchos espectadores, interesando su curiosidad. Encargó á su primo el Canónigo de Sales y á su hermano Luis compusieran un drama, que tuviera por asunto el sacrificio de Abraham. Esta pieza se acabó en poco tiempo; y en la distribucion de los papeles no desdeñó tomar el suyo, que fué el que requería mas gravedad, representando á Dios Padre. El Padre Querubin, por su parte, recientemente llegado de Turin, puso todo su anhelo en preparar el material necesario para la representacion, y el teatro fué levantado sobre la plaza mayor de Annemasse, colocándose á su alrededor algunas tiendas cubiertas con lienzos y tapices, para resguardar á los asistentes si llovía. Bien pronto la noticia de estos preparativos y de todos los que se hacían en la iglesia para las Cuarenta Horas se estendió por todo el país; y en el día señalado, parecia que la Saboya entera deseaba asistir á este bello espectáculo.

Todos los caminos que conducian á Annemasse estaban cubiertos de piadosos viajeros, en tan gran número que los Ginebrinos, atemorizados al ver llegar cerca de sus puertas tantos católicos, enviaron algunas compañías de soldados para cortar los caminos en el territorio de la República. En vista de estas demostraciones hostiles, algunos se inquietaron, y temiendo que hubiera entre aquellos y los soldados católicos un conflicto terrible, capaz de ocasionar las mayores desgracias, se dirigieron á Francisco, el cual para deshacer los temores, quiso dar el ejemplo de un valor grande. Resolvió ir en procesion desde Thonon hasta

Annemasse, que está cerca de diez y ocho kilómetros de distancia, haciendo llevar la cruz al frente, para ofrecer á Jesus crucificado una reparacion solemne y pública de los ultrajes que había sufrido en todo el país, durante la dominacion de los herejes, este signo sagrado de la salvacion.

Propuso primero su proyecto al Gobernador de los Allinges, Mr. de Lambert, que lo aprobó, prometiendo tomar él mismo parte en la procesion, y luego lo participó á los católicos de Thonon, que, á pesar de que les agradaban sus razones, no podían disimular el temor que tenían de ser atacados en el camino por los herejes, que irritados á la vista de la cruz paseada con honor por vez primera en el país, alentados poderosamente para hacer una de las suyas por la seguridad de encontrarse ayudados por las tropas que habían enviado los Ginebrinos. Sin embargo, á pesar de estos temores, se dirigieron muy temprano, el 6 de setiembre, á la iglesia de San Hipólito, de donde debían partir, ocupándose Francisco, despues de haber celebrado allí la Misa, en organizar la procesion. Era antes que nada preciso designar alguno para llevar la cruz; pero no habiéndose atrevido ningun á aceptar esta mision, tanto era el temor que tenían á los herejes, mandó á su criado Jorge Rolando la llevara (1), el cual no menos asustado que los demás, puso dificultad en obedecer y manifestó sus temores. «No temas nada, le dijo el santo apóstol sonriéndose, yo estaré siempre cerca de ti, y si te hacen mal me lo harán á mí tambien; y si es necesario morir, moriremos juntos.» Arreglado este punto, se cantó primero el himno: *Vexilla regis*; luego se empezaron las Letanías de los Santos; y pasado el canto de las primeras invocaciones, la procesion se puso en marcha (2). Jorge Rolando iba á la cabeza, llevando la cruz; todos los fieles que tenían bastantes fuerzas para hacer la peregrinacion á pié le se-

(1) Dep. de Santa Juana Francisca de Ghantal, art. 12.

(2) La Riviere, p. 172.



guian, y Francisco, revestido de sobrepelliz y estola, cerraba la marcha. A medida que la procesion atravesaba las diversas aldeas del Chablais, haciendo resonar el aire con piadosos cantos, los recién convertidos que se encontraban allí se unian á la procesion, y bien pronto seguía tanta gente al santo apóstol como le precedía. Despues de haber recorrido caminos difíciles y cenagosos cantando continuamente las Letanías, himnos y salmos, llegó á Annemasse sin ningun accidente. En el mismo momento anunciaron á Francisco se aproximaban los hermanos de la Santa Cruz de Annecy, y sin tomar un instante de reposo, se puso en marcha con un séquito numeroso para ir á su encuentro. Cuando vió esta larga procesion de penitentes cubiertos con sus grandes hábitos negros, caminando gravemente, la mayor parte con los piés desnudos y el rosario en la mano, cantando con lugubre entonacion las Letanías de Jesus Crucificado, y presididos por el Canónigo Luis de Sales, que marchaba el último como haciendo las funciones de Prior, no pudo contener sus lágrimas; se unió á ellos y los acompañó hasta la Iglesia, donde los músicos cantaron un motete delante del altar de la Santísima Virgen; despues de lo cual todos se retiraron porque ya era de noche (1).

Al dia siguiente domingo, á las diez de la maña empezaron las Cuarenta Horas por la Misa mayor, que el Obispo celebró de Pontifical: al Evangelio, Francisco pronunció sobre la ceremonia un discurso lleno de uncion, y abrasado en ese ardor apostólico de que su corazon estaba inflamado. En la Comunion gran número de personas participaron de los sagrados misterios, y despues de la Misa tuvo lugar una procesion general tan magnífica como piadosa, donde Jesucristo, oculto en el misterio de su amor, fué llevado en triunfo en medio de los fieles conmovidos. Concluida la procesion, el Obispo espuso el Santísimo Sacramento en el precioso tabernáculo que le habia sido pre-

(1) Carlos Aug., p. 158 y 159.

parado, el Padre Querubin predicó un sermón patético, y la procesion del Chablais en union con los cofrades de la Santa Cruz de Annecy, empezó al punto la tierna ceremonia de la adoracion, que continuaron en seguida las procesiones de las demás comarcas de la Saboya, cada una segun el orden de su llegada: porque el gran ejemplo dado por los fieles del Chablais escitó un celo tan general que, durante todo el tiempo de las Cuarenta Horas, las procesiones se sucedieron casi sin interrupcion. La adoracion duraba una hora para cada procesion, é iba siempre precedida de una plática dicha alternativamente por Francisco y sus colaboradores, con el fin de recoger espíritus, reanimar la fe, encender los corazones, y disponerlos á rendir fervorosos homenajes á Jesucristo en su Sacramento.

Otra ceremonia se unió á tantos motivos de edificacion: habia en otro tiempo en el camino de Annemasse á Ginebra una cruz de piedra, adornada con dos estatuas de mármol, que representaban la una á Jesus Crucificado y la otra á la Santísima Virgen. Habiéndola roto los herejes, hicieron los católicos para reemplazarla una de madera, por no tener recursos para que fuera mas rica, espresando el deseo de que su colocacion tuviese lugar el primer dia de las Cuarenta Horas. Acogiendo Francisco con alegría esta proposicion, bendijo la Cruz el domingo por la mañana, é hizo colocar en ella la siguiente inscripcion, compuesta por él mismo para dar una nocion exacta de la doctrina católica sobre el culto de la Cruz:

No es el leño ni es la piedra  
Lo que el católico adora  
Sino al Rey que en la cruz muerto  
Con su sangre la cruz honra.

Aquella misma tarde los cofrades de la Santa Cruz de Annecy, acompañados del Obispo y seguidos de una gran multitud de pueblo, fueron al lugar donde estaba depositada á buscarla en procesion y tomándola sobre sus



hombros la llevaron, cantando piadosamente el himno *Vexilla regis*, hasta el lugar donde debia ser colocada. Allí, felices con enarbolar á las puertas de Ginebra el estandarte de la salvacion, la elevaron en el aire con una alegría santa y la fijaron en tierra. Entonces el Padre *Esprit*, tomando la palabra, mostró en la Cruz el memorial del amor infinito de un Dios que ha derramado por nosotros hasta la última gota de su sangre, haciendo resaltar en seguida la veneracion que le es debida, con tanta uncion y energía, que no solo los católicos, que se encontraban en número de treinta mil, sino hasta los protestantes atraídos á aquel lugar por la curiosidad, lloraban dándose golpes de pecho y pidiendo misericordia. Segun el autor de la *Vida de Claudio Granerio* (1), ocurrió una cosa mas maravillosa aún. Este autor cuenta que Dios, á quien todos los milagros son fáciles, hizo que oyeran en Ginebra cierto número de personas una parte del discurso del Padre *Esprit*; y las conversiones de algunos Ginebrinos, acaecidas los dias siguientes, contribuyeron á hacer este hecho creible. Despues del sermón del célebre predicador, se distribuyeron varias hojas impresas sobre el culto de la Cruz, cuyo autor era un santo religioso capuchino, el Padre Talimeux, que edificó á los fieles sin inquietarse por la crítica que hizo de ellas el ministro Faye, en cuyas manos cayó un ejemplar, como diremos mas tarde.

Así pasó el primer dia de las Cuarenta Horas, dia afortunado para la religion, en el que todos miraron como el efecto de una proteccion especial de Dios, que los protestantes de Ginebra tolerasen este triunfo de la Cruz en silencio, sin ir á inquietar á los católicos (2). Los dos dias siguientes no fueron menos consoladores, y todas las procesiones que llegaban á Annemasse ofrecian el espectáculo mas edificante: su canto, su paso, su aspecto, todo, en fin, respiraba una tierna piedad. La del lugar de Teniac fué

(1) Pag. 171.

(2) Dep. del Canónigo Garet.

notable entre todas; se componia de seis á siete mil hombres, entre los que se contaban setecientos convertidos, y fruto de las predicaciones que durante tres años habian hecho allí los dominicos y jesuitas. La vista de tan bello auditorio electrizó al Padre Querubin y le inspiró un ardiente discurso que impresionó vivamente á los asistentes.

La emocion sobre todo fué profunda cuando, despues de una lucida esposicion de la doctrina católica, se le oyó exclamar: «No proponemos nada aquí, hermanos míos, que no estemos prontos á decir en todas partes y á sostener en presencia de los ministros. Nos propusieron una conferencia sobre las materias controvertidas, la aceptamos con gozo, y no esperábamos para ir á celebrarla, mas que un salvoconducto, que garantizase la seguridad de nuestras personas; pero no han querido enviarle. En cuanto á nosotros ponemos á Dios por testigo, en vuestra presencia, de que aceptamos siempre todas las conferencias con gusto, con el fin de mostraros mas claro que el dia que os han engañado, y alejado desgraciadamente de la verdadera Iglesia.» (1) A estas palabras varios de los oyentes no pudieron contener sus lágrimas, y bendiciendo á Dios porque los habia iluminado, deploraron sus pasados errores.

Fácil es comprender cuán á propósito eran estos espectáculos repetidos, estos discursos multiplicados, ese aire de felicidad que brillaba en los rostros de los recién convertidos, espresion de la alegría de un alma que ha recobrado la verdad pérdida, para hacer reflexionar á los herejes que acudieron á Annemasse. La inscripcion sola que estaba al pié de la Cruz, bastó para ilustrar á muchos. «Nuestros ministros nos engañaban villanamente, decian, al afirmar que los católicos adoraban la madre y la piedra; este escrito nos muestra, por el contrario, que es á Jesucristo á quien adoran bajo la figura de la Cruz.» (2) Así la verdad penetraba en las almas,

(1) Carlos, Aug., p. 160.

(2) Dep. del Marqués de Lullin.



y abriéndose los ojos á su luz, muchos se convirtieron, y las oraciones de las Cuarenta Horas tuvieron todo el buen efecto que se habian prometido.

Los ministros consternados con este triunfo, y no menos despechados por la manera con que el Padre Querubin habia hablado de su negativa á la proposicion de una conferencia, hicieron escribir á los Berneses por los síndicos de Ginebra, que con menosprecio de los tratados, los papistas, en particular los capuchinos, trabajaban en destruir y hacer desaparecer la religion protestante del territorio de Thonon y de Ternier. Los Berneses al punto dirigieron sus quejas al gobernador de los Allinges y al Duque de Saboya, amenazando con tomar las armas y volver á empezar la guerra si no imponian silencio á los capuchinos. El gobernador hizo que el Padre Querubin y sus compañeros se retiraran á su convento por el bien de la paz, pero el Padre Querubin no era hombre que cediera fácilmente su puesto, y escribió al Papa, al Nuncio de Turin, y mas enérgicamente todavía al Duque de Saboya, representando á S. A. que sería indigno de un príncipe católico dejarse engañar por la astucia de los ministros, los que solo habian acudido á los Berneses en esta circunstancia, para eludir el reto público que se les habia propuesto para tener una conferencia, y que por otra parte, habiendo tenido él y sus compañeros la dicha de convertir hasta aquel dia gran número de herejes, con asistencia de cerca de cuatro mil oyentes á las predicaciones católicas, y prometiendo el porvenir una mies aún mas abundante, el alejamiento de los misioneros religiosos ó seculares ocasionaría un perjuicio inmenso á la causa de la fe. El Duque fué del parecer del Padre Querubin, y sin dejarse intimidar por los Berneses, le felicitó por sus triunfos, alentándole á proseguir con el mismo celo su santa empresa.

Esta respuesta desconcertó de tal suerte á los ministros de los territorios de Thonon y Ternier, que varios de ellos, conociendo que no podrian sostenerse, dejaron el país y fueron á establecerse en otra parte.

Los de Ginebra, por su parte, no menos descontentos y considerando su honor comprometido si no aparecia al menos que aceptaban la conferencia á que se les desafiaba, escribieron por medio de uno de ellos al Padre Querubin que estaban dispuestos bajo ciertas condiciones en que se pondrian de acuerdo, á discutir públicamente sobre los puntos controvertidos.

El Obispo de Ginebra y todos los misioneros, llenos de gozo con esta noticia, diputaron al punto al Canónigo Luis de Sales para ir á Ginebra, á fin de tratar el asunto y apresurar su conclusion. Se dirigió allí á toda prisa y se presentó primero en casa del autor de la carta; este, le envió á los síndicos de la ciudad, y estos al ministro Perrot, que contestó no podia darse resolucion sino en una asamblea general de los ministros. El canónigo Luis pidió esta asamblea, la solicitó con instancia y no pudo obtenerla, viéndose obligado á regresar sin que se resolviera nada. Los ministros, comprometidos á dar esplicacion de semejante conducta ante la opinion pública, que los condenaba, imaginaron, para disculparse, dos tristes excusas, que los deshonoraban mas todavía. La primera fué negar la carta provocadora escrita al Padre Querubin; la segunda fué pretender que, en la conferencia propuesta, la parte católica debian enviar jesuitas para su defensa, y ellos no querian tener relaciones con estos hombres astutos, intrigantes, que procuraban introducirse por todas partes, y eran espías de España. Nadie se dejó engañar con estas razones; y así terminó este asunto, despues de dos meses de negociaciones, con gran vergüenza de los ministros, que ocultaban bajo pretestos ridículos el temor que tenian de entrar en liza con los católicos, como todo el mundo comprendió sin trabajo (1).

Durante este tiempo Francisco habia vuelto á Thonon, donde se ocupaba sin descanso en dirigir á la perfeccion las almas piadosas, fortificar en la fe á los recién conver-

(1) Carlos Aug., p. 160 y 161.